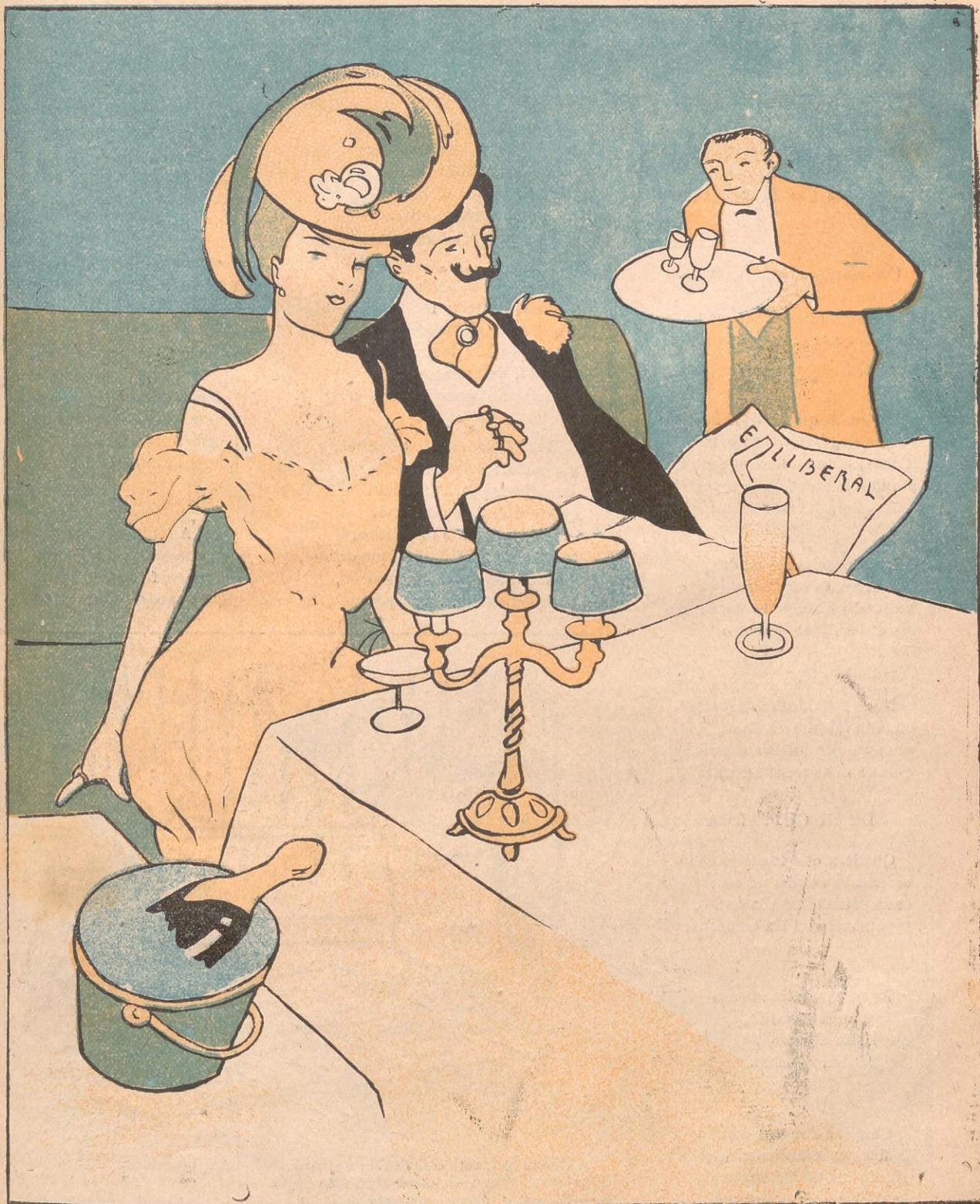


MAMARRACHOS

Administración: Plaza de Tetuán, 26.-BARCELONA



-¿Tú crees que puedo ser amado hasta el delirio?
-Desde el momento que tienes dos millones, que es todo lo preciso para ser adorado hasta el *delirium tremens*.

¡Precio: 10 céntimos



••••• DE TODO UN POCO •••••

CANTARES

Quando pases por mi lado
no te hagas la distraída
y acuérdate de los ratos
que hemos pasado en la esquina.

Como quieres que te olvide
serrana del alma mía,
si conmigo has hecho cosas
de esas que nunca se olvidan.

No temas que te abandone
ni que llegue á aborrecerte.
¡Cómo ha de olvidar el reo
á quien le salva de la muerte!

La pobrecita mi madre,
en la agonía me llamó,
y estrechándome en sus brazos
me dió un beso y espiró.

No me olvides me dijistes
cuando me aparté de ti,
y ahora que vuelvo me dices
que no te acuerdas de mí.

DE MI GUITARRA

Quisiera que fuese el cielo
un manto de tisú de oro;
cada estrella un diamante,
y ponértelo en los hombros.

Es tu cariño lo mismo
que una tronada,
que nada deja sano
por donde pasa...

Cual las abejas besando
la flor, para hacer la miel
yo, de tus labios, sacara
de dichas todo un vergel.

AMOROSAS

Te dueles, niña hechicera,
de que olvido aquellos días
en que me quisiste amar;
yo no sé lo que dirías
si en respuesta te dijera
que no me quiero acordar.

* * *
Dices que el amor no dura
y que no dura la fe,
y que constancia y ventura
son breves... ¡Harto lo sé!
Perc di, hermosa mía:
si pudieran durar ¿quién viviría?

* * *
Hoy, al privarme de verte,
me has arrojado del cielo,
sin dejarme otro consuelo
que la dicha de quererte.

Si he merecido tu encono,
te has vengado al despreciarme,
yo también quiero vengarme,
y en venganza... te perdono.

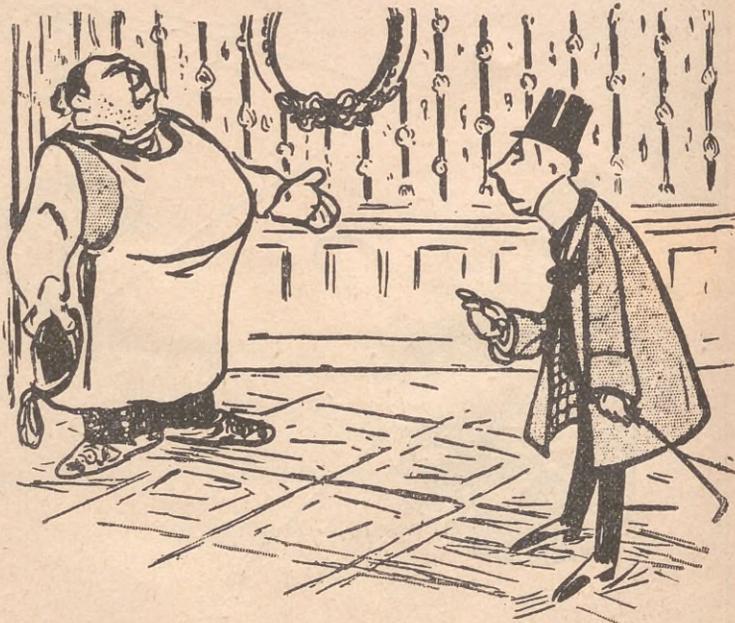
RASPAS

Un escritor de talento
un diario publicó,
y, según dicen, llegó
tan sólo al número ciento.

«¡Te quiero!» — me dijo Fe
y yo, que soy muy galante,
mandé traer al instante
una tetera con thé.

Por decir á Baldomera
que la quiere con ternura,
la dijo Joaquín Segura
que la quiere con ternera.

De Angola un hermoso gato
se la ha perdido á Benita
y ésta, enfurecida, grita:
¡Si no parece, lo mato!



—Cierto que este entresuelo no está mal, pero cincuenta duros por mes es algo caro. ¿Tendría usted algo más bajo?

—Sí, señor, hay la bodega.

UNA MODA ÚTIL

I

No recuerdo exactamente el año, ni ello importa nada; el caso fué que, hace unos diez ó doce, hube de hacer un viaje á París.

El objeto que, allí, me llevaba, no era, por cierto, encargar ningún niño para mi esposa, lo cual era imposible por multitud de razones: la primera porque soy soltero y, naturalmente, lo era también en aque'la fecha; luego, porque, ciertos géneros, como el de que se trata, me los sé, yo, procurar, si llega el caso, sin acudir á los mercados extranjeros...

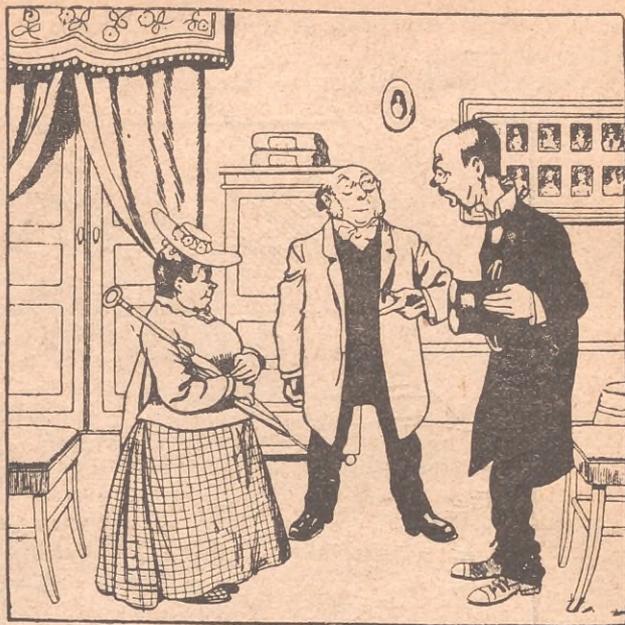
Y no sigo enumerando razones, porque las citadas bastan y aún sobran.

¡No! Llevábanme allí asuntos de mayor monta; pero, así como el labriego del cuento, iba á Málaga por atún y á ver al duque; yo, fui á París, á mis negocios y á ver, de paso, á las duquesas, á las marquesas, á las banqueras, á todo el alto personal femenino de la ex-corte de Napoleón.

Porque, yo, soy así, como el alcalde de *I comici tronati*: «¡Sopera... ó nada!»

¡O me trato con la *higa lifa* ó no *micajunto* con nadie!

Como mi primer apellido es Conde (aunque no esconde, ni yo escondo, absolutamente nada), y el segundo San-



EN LA AGENCIA DE MATRIMONIOS

El agente.—La Srta. Lucía Navarro, hija de un comandante de marina, distinguida, físico agradable, nacida en Valencia, 200,000...

Gómez.—La señorita me gusta, y con 200,000 pesetas...

El agente.—Se equivoca usted, nacida en Valencia, 200,000 habitantes.



«¡Toma, Luis! ¿Cómo te callabas que supieras montar tan bien á caballo?»

turce me mendé hacer unas tarjetas, con corona condal y dos líneas de impresión que decían así:

LADISLAO

Conde de San Turce

Por cierto que el litógrafo me dijo:

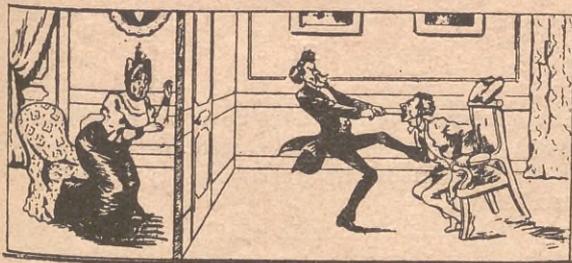
«¡San Turce! ¡San Turce! ¿Está usted seguro de que este santo está en el calendario?»

«¡Cá!—le repliqué—¡Estoy segurísimo de que no está, ni en el calendario, ni en ninguna otra parte! ¡Por eso le doy colocación en mis tarjetas! ¡El pobre, si no; se encontraría sin saber donde refugiarse!»

«¿Y las señas?»

«¡Ah! Es cierto; ponga usted «Bulevar Tudescos, 114». Como en la susodicha litografía, hacían las tarjetas en

FELIZ INTERVENCIÓN DE UNA SUEGRA



El dentista.—¡Por Dios, échese usted hacia atrás!



El cliente.—¡Cielos! ¡Mi suegra!

el acto, al cabo de tres días y de treinta viajes, tuve el paquete en mi poder.

Era lo único que me faltaba para emprender la marcha,

Ni sus calles, ni su comercio, ni su movimiento, se parecen al movimiento, al comercio, á las calles de ninguna otra población. La verdad se ha de decir.



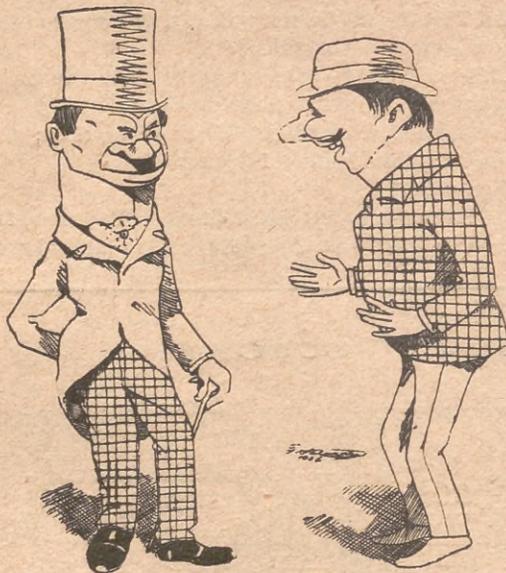
Más vale hacer sonrojar á una mujer...

asi es, que, aquella misma tarde tomé el tren... y á Paris falta gente.

II

Confieso que, aún cuando soy poco impresionable, Paris me causó gran impresión.

No es una ciudad, es la ciudad, por excelencia.



ARTICULO LUMINOSO

- ¿Has leído mi artículo de hoy?
- ¡Tres veces!
- ¡Qué amabilidad!
- Pero no lo he podido entender.

Pero, como no es el fin que me propongo, la descripción de la *Gran Ciudad*, limitome á esta breve indicación y sigo adelante.

Tan encantado estaba yo, con cuanto veía, que, durante la primera semana, así me acordé de los negocios que, allí me llevaban, cómo de la toma de Constantinopla, por los turcos, que, inútil es decirlo, no presencié, por la sencilla razón de que... ¡nací un poquito después!

Pero todo pasa en el mundo, hasta el asombro, por grande y justificado que sea.

Y el mío, pasó, dejándome, con ello, tiempo para ocuparme en mis asuntos.

Estos, fueron de fácil arreglo, como que se reducían á hacer determinadas compras, y no hay tan hacedero como comprar, allí donde no se desea otra cosa que vender, venderlo todo, lo que debe ser objeto de lícito comercio y lo que no lo es, en muchas otras partes ó lo que, solo allí, se compra y se vende.

Y he aquí que, según ya, yo, había previsto, del mes que tenía destinado á mi viaje, sobrabanme aun más de tres semanas.

-¡Esta es la mía!—pensé—¡Aquí de mi buen humor.. y de mis tarjetas!

III

Merced á éstas y varias cartas de recomendación que me había procurado en la villa y corte, sin dificultad alguna, se me abrieron las puertas de dos ó tres salones aristocráticos.

No me llevaba, á ellos, necia vanidad, sino curiosidad legítima.

¡En cuestión de clases sociales, no hay otra como digna de verse!

La burguesía, el pueblo, poco más, poco menos, suelen ser los mismos, en todas partes.

También existe gran semejanza, entre las aristocracias

de atender á otros muchos, dejáronme pronto en libertad.

Aprovechándome de ésta, comencé á vagar por aquellos jardines, verdaderamente regios y la casualidad, me con-



... que hacerla reír.

de todos los países que tienen rey. ¡Pero una aristocracia sin monarca, es un cuerpo sin cabeza!

Y como, ese cuerpo, en Francia, existe, vive, se agita, más ó menos y con mayor ó menor ó nulo provecho, ardía, yo, repito en deseos de contemplar de cerca semejante fenómeno.

¡Y lo conseguí!

¡Vaya! En la capital de la vecina república, en toda esta, más bien, se pagan más de títulos y de cintajos y de condecoraciones, que en Madrid, en Berlín ó en San Petersburgo!

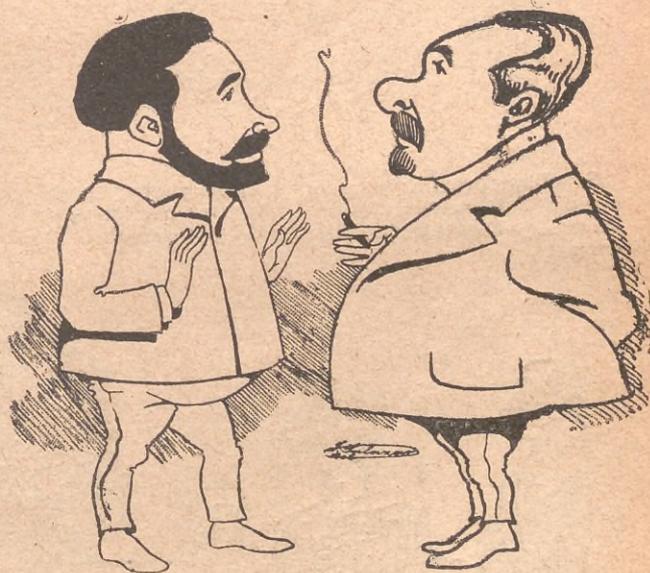
—¡El conde de San Turce!—debieron decirse.—¡Tal vez sus antecesores estuvieron en la batalla del Salado!

¡Y lo salado fué que me recibieron en palmas y me tributaron toda clase de agasajos... y hasta hubo cierta vizcondesa, que, por cierto tenía hermosos ojos, que me hizo insinuaciones altamente lisonjeras para mi amor propio de hombre y de español.

Pero yo, había ido allí, á observar y sabía por experiencia, que, en cuanto se anuda una intriga amorosa, se pierde el *oremus*, para todo lo demás.

Procuré, pues, llamarme andana... (y no lo logré, dicho sea de paso)... y continué la tarea que me había propuesto realizar.

dujo á un sitio retirado, á un rústico asiento, colocado junto á un maciso césped, detrás del cual debía haber un banco mayor y, en él, sentadas, conversaban varias de las aristocráticas concurrentes.



ENTRE COMERCIANTES

—¿Y tus hijos?

—Julio, muy bien. E-tá al frente de una fábrica de corbatas y tiene asegurado su porvenir.

—¿Y Pedro?

—No me hables de él. Se ha metido á literato. Era el menos inteligente de los dos hermanos.

Cierta noche encontrábame yo, en una de esas reuniones nocturnas en un extenso jardín y que llevan el nombre inglés de *garden party*.

Era una casa de los duques de R.

Estos se mostraron finísimos conmigo; las personas á quienes tuvieran la amabilidad de presentarme, también; mas, por verdadera cortesía tanto como por la precisión

Todas las voces que yo oía, eran llenas, señal indudable de qué no pertenecían al elemento joven, de qué debía tratarse de personas entre los treinta y los cuarenta años.

Una de ellas decía:

—¡Nada! Está visto que, modistas y modistos, tienen estropeado el cerebro... ¡No inventan cosa de verdadera utilidad, como los antiguos miriñaques, por ejemplo...

—¡Horror! —exclamó otra. —¿Echas de menos aquellos adefesios?

—¡Ah! ¡Querida! La vieja marquesa de A. me ha referido cosas que, hacen, esa prenda, al parecer ridícula, verdaderamente útil é insustituible!

—¿De veras?

—¡Ya lo creo! ¡Figúrate que ella, tenía un amante...

—¿Uno nada más?

—Es probable que fuesen más de uno; pero como es natural, sólo se veía con uno, cada vez.

—¡Yá!

—Pues bien, ese tal había llegado á adquirir, en fuerza de ensayos, una rara habilidad. Cuando estaban á solas, los dos amantes, si ocurría que sobreviniese alguna per-

sona á quien no se pudiera impedir el acceso hasta el tocador de la marquesa, ésta, ocultaba á su amante, debajo del amplio miriñaque... ¡Y lo más chistoso, la habilidad, á que, antes me he referido, consiste en que él, allí metido en cuéllas y á oscuras, si ella tenía precisión de levantarse é ir de una parte á otra, la seguía mejor, la acompañaba, debajo de aquella inmensa campana, sin hacer el menor ruido y sin ser visto, ni notado de nadie. Así se libró ella, de no pocos compromisos, lo repito, gracias á tan impagable prenda, mucho más segura que nuestros armarios de luna, en los que no cabe tampoco, cual en los antiguos armarios, ni un chiquillo de diez á doce años...

—Entonces, además de los miriñaques, habían aquellos inmensos armarios, en los que cabía toda una familia.

—¡Ay! ¡Si! ¡Tienes razón! ¡Aquellos tiempos eran más felices que los presentes!

Y mientras todas suspiraban de un modo lastimoso, yo, me levanté en silencio, pensando:

—¡Ahora me explico el 1870... y todo lo que ha pasado aquí, después!

A. J. P.

EL PEINADO CON MUELLES



Sencillo y práctico se pone encima de la cabeza y se colocan entonces los cabellos con arte.

Basta apoyar un botón para que el aparato se desarrolle.



Así no hay como ir peinada para todos los gustos.



En el teatro y en coche, peinado bajo.

Es usted madre de familia y va con sus hijos al teatro, en las escenas escabrosas, desarrolla el aparato...

Sirve también como proyectil para echar agua, sal y vitriolo.



ENTRE DOS FUEGOS

- ¡Ah! ¡Si supieras lo que me pasa!
- ¿Qué?
- Amo y soy amado.
- Vamos, dicha completa.
- Sí, pero es el caso que no se trata de la misma mujer.



DESPUES DE LAS ELECCIONES

-Ser la amiga de un diputado, pásese, pero de un hombre que ha gastado su dinero para serlo y no lo es, no puede ser.

HISTORIETA

I

El barbero de un lugar era rico y usurero, y en dos arcas, el dinero acostumbraba á guardar.

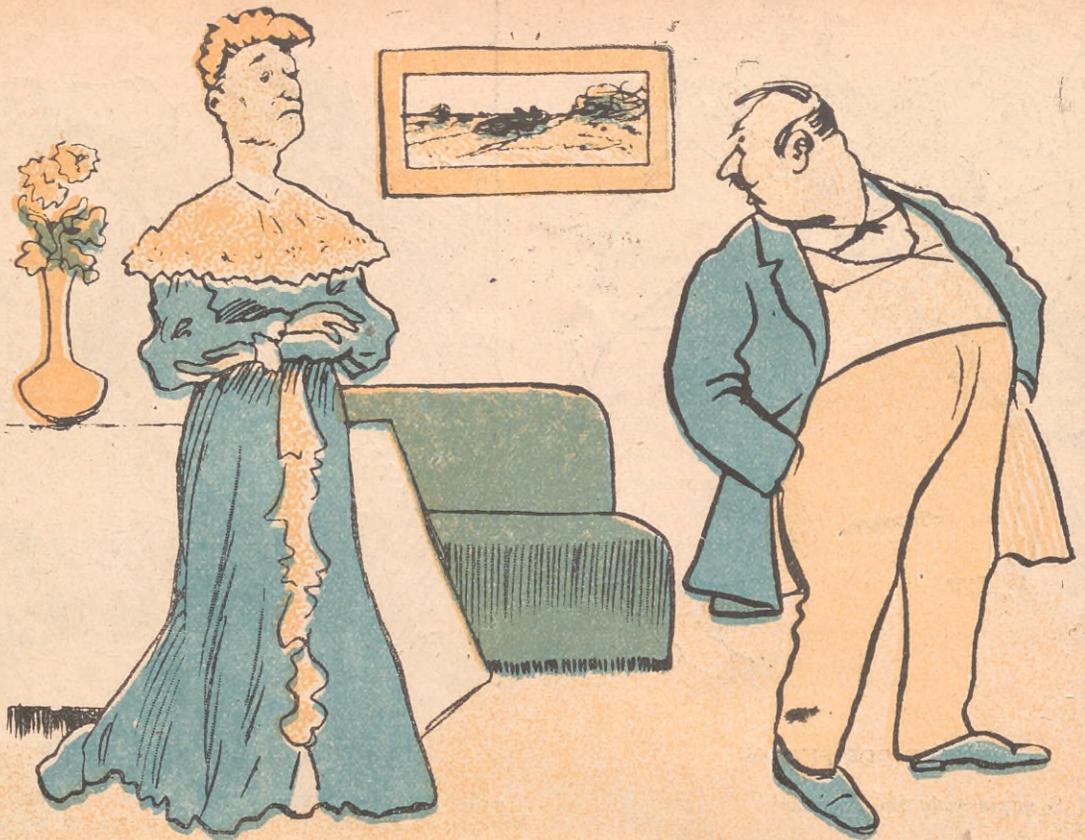
Por capricho cierto día su capital trasladó á una sola, otra quedó completamente vacía.

Dos ladrones adquirieron yendo del barbero en pòs varios datos y se unieron para robarle las dos. Y una noche de tormenta tétrica... lúgubre... en fin, de las que á veces presenta un barato folletín, fueron cautelosamente los dos á la barbería, entraron y... solamente se llevaron la vacía.

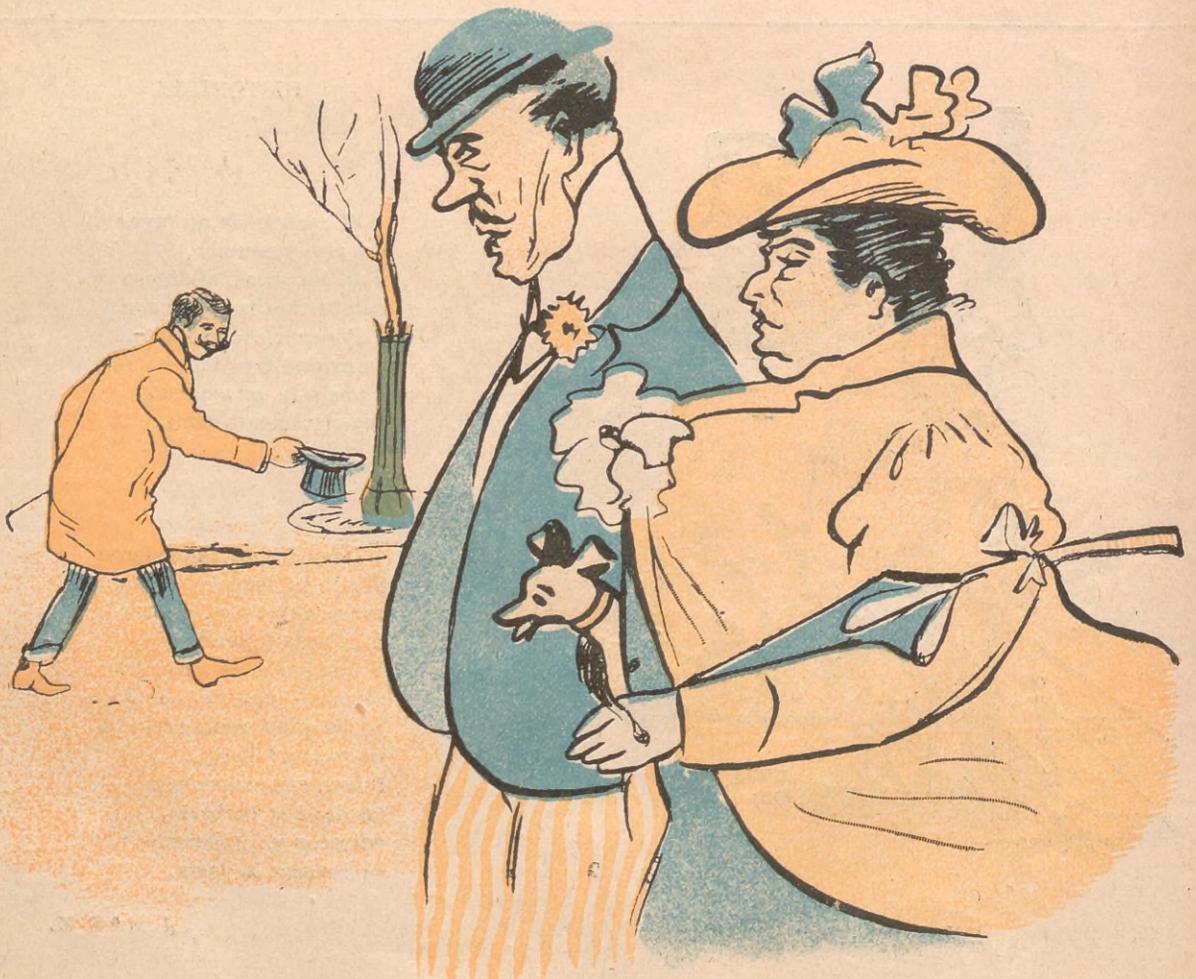


ESPOSA EJEMPLAR

J. M.^a S. M.



— ¡No me citarás ni una bella acción de tu vida!
— Sin embargo, no te he dejado morir soltera, ¡que yo creo que ya es alguna cosa!



— ¿No te parece, mujercita, que resultamos algo ridículos?
— Pero... ¡como nuestros medios, nos lo permiten!



—Te encuentro solo como un Polonés, con una corbata Escocesa, con guantes de Suecia, preparándote á comer un queso de Holanda, y aún querrás hacerme creer que eres patriota?

ESPAÑA MODERNISTA

Los vecinos de Villapepino, sin excepción alguna, hallanse indignados con la España antigua y la presente, reniegan de nuestras pasadas glorias y de los políticos actuales y piden á voz en grito la España nueva y recién salidita del horno, regida con vigorosa mano por un Chamberlain villapepinense ó villapepinita que para el caso es lo mismo.

Imbuídos por los modernistas á la inglesa que acaudilla el Sr. Moret, imprimen á la política local un movimiento de progreso inconcebible, y son más liberales que Riego, y más agricultores que Gasset, como lo prueba el hecho de haber obligado al cura á gastar melenas á la moderna.

Su horror á las antiguas costumbres españolas no tiene



límite; en Villapepino no hay quien coma cocido ni magras con tomate, y solamente el alcalde goza del sacrosanto privilegio de tomar su café con media cuando amanece el día de Difuntos.

Lo inglés es lo más *chic*, y por eso los villapepinenses no pagan al sastre, ni al zapatero, ni á nadie, pero se dejan las melenas largas para diferenciarse de los demás hombres que se afeitan, se cortan el pelo y se limpian la cabeza.

Cuando se reúnen á comer en familia ponen sobre la mesa un lechón entero, completamente crudo y cubierto de mostaza. El padre (de familia, no del lechón) le dá un mordisco en el hocico, mientras los nenes se entretienen con las orejas hasta llegar á hartarse. El rabo y la cabeza son para la cónyuge ó consorte.

Los pollos elegantes gastan el pantalón de pesca, levita

holgada y sombrero flexible colocado á la *negligé*. Padeen todos de *spleen*, y regularmente pasean solos, con un



diccionario bajo el brazo y una máquina fotográfica en la siniestra mano.

Las mujeres, como en la casa todo se toma crudo, nada tienen que hacer, y emplean sus días de ocio en ejercitarse en el boxeo para adquirir musculatura y aumentar su belleza física. Montan á caballo, se adiestran en la esgrima y si un hombre llega á faltarlás al respeto, lo arrastran del cabello y se pasean por sus hígados, sin perjuicio de fingir un desmayo al terminar la faena y tomarse después un frasquito de sales para reponerse y estar en disposición de fracturar el cráneo al majo que tenga la avilantez de echarlas una flor que no las guste.



No juegan á otra cosa que al *foot-ball* y en el casino solo se puede hablar de literatura, pero sin ensalzar á Shakspeare que fué un besugo, incapaz de presentir á Mallarmé, ni á Paul Verlaine.

Si un villapepinense se enamora, pasa bajo los balco-

nes de su adorada y lanza un ¡ay! Si ella le aborrece no asoma el morro, y entonces, él, corre desesperado por la calle mesándose los cabellos. En cambio, cuando es correspondido, la villapepinensa arroja á su futuro una



escala de seda para que suba á darla un ósculo en la frente.

—¿Es verdad que me anhelas?—pregunta la novia.

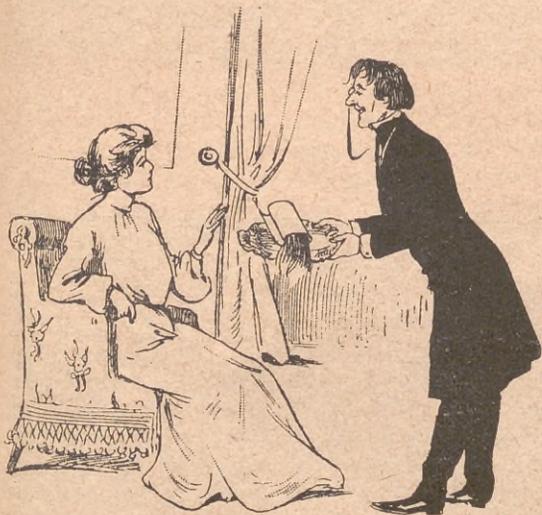
Y él contesta:

—¡Te lo juro por los refinados huesos de Alfredo de Musset!

Así queda concertado el matrimonio, sin hablar de intereses, ni decir yo tengo esto y yo estotro.

Suele ocurrir que el novio tenga un rival, y entre el afortunado amante y el aspirante desdeñado se entabla una lucha sin cuartel.

Como intelectuales extrafinos que son no apelan á pro-



cedimientos de violencia; en Villapepino jamás se vertió sangre.

Los rivales se desafían y van al Ateneo á dirimir su contienda.

Discuten largo rato, y el que cita más nombres de au-

tores extranjeros, aunque no los conozca ni por el forro de sus libros, es proclamado vencedor.

El presidente de este Tribunal de arbitraje corta las melenas al vencido, que, si es hombre de vergüenza literaria, en aquel mismo instante, rompe la pluma con que ha escrito sus mejores odas y se arranca el corazón, arrojándolo al semblante de su contrario.

Este último y postrero ultraje es de muy buen efecto, pero el rival afortunado puede desvanecerlo en el acto, improvisando una composición que diga sobre poco más ó menos como sigue:

Lentamente caminaba, caminaba lentamente por la calle donde mora, la que es vida de mi amor, y á robármela vinieron y vinieron brutalmente como vienen los traidores, los traidores del honor.

El auditorio, entonces, aplaude frenéticamente al poeta y manda imprimir sus versos, para que envolviendo



la cabellera del vencido sirvan de riquísimo presente á la novia del vencedor.

Después de estos trámites se fija el día de la boda.

Es costumbre que, para tales casos, todos los invitados vayan al templo de etiqueta y conlentes.

El ceremonial es solemne.

El sacerdote echa las bendiciones á los novios en verso heróico, y el padrino y los testigos contestan á las preguntas de rúbrica en seguidillas gitanas.

Luego, desde el pórtico de la iglesia hasta la casa de la novia, se tienden boca abajo todos los amigos del novio, y la pareja feliz va pasando por encima de ellos gozosa y sonriente.

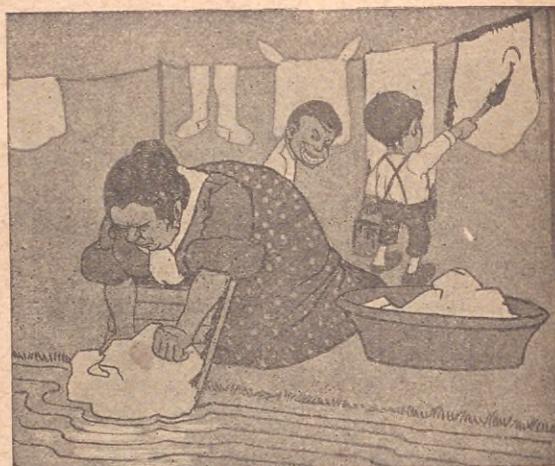
Está muy mal visto que ningún amigo se vuelva panza arriba, y mucho peor que pellizque en las piernas á la recién desposada, pero en Villapepino, como en todas partes, siempre hay gentes mal educadas que llegan á tales extremos y á otros más censurables.

Por eso en dicho pueblo no hay boda sin bronca, y en esto, solo en esto, es en lo que no pueden resultar originales los villapepinenses, á pesar de sus buenos deseos.

C. O.

EL TENDEDERO FANTÁSTICO

HISTORIETA MUDA, por Rojas



CARMEN

POR

PROSPERO MERIMEE

(CONTINUACIÓN)

»Poco faltó para que no le arrojase yo el duro á la cabeza, y me vi obligado á hacer un violento esfuerzo sobre mí para no pegarla. Después de habernos estado disputando durante una hora, sali furioso. Erré algún tiempo por la ciudad, andando de aquí para allí como un loco. Finalmente, entré en una Iglesia y, ocultándome en el rincón más oscuro, echéme á llorar á lágrima viva. De pronto oigo una voz:

»—¡Lágrimas de cocodrilo! Quiero hacer con ellas un bebedizo.

»Levanto los ojos: ¡era Carmen, delante de mí!

»—Vamos, paisanito: ¿me guarda todavía inquina su merced? —me dijo.—Pues ello es que á la fuerza debo yo de quererle, porque desde que me ha dejado su merced no sé qué penilla siento aquí... Mira: ahora soy yo quien te pide si quieres venir á la calle del Candilejo.

»Hicimos, pues, las paces; pero Carmen tenía el humor como es el tiempo en mi tierra. Nunca está tan cercana la borrasca en nuestras montañas como cuando es más brillante el sol. Habíame prometido volverme á ver otra vez en casa Dorotea y no vino. Y Dorotea me dijo, con mucha frescura, que había ido á Laloro para negocios de Egipto.

»Sabiendo ya por experiencia á qué atenerme respecto al particular, busqué á Carmen por todas partes donde yo creía pudiese hallarse, y pasé veinte veces diarias por la calle del Candilejo. Una noche estaba yo en casa de Dorotea, á quien había amansado pagándole de vez en cuando algún vaso de aguardiente, cuando entró Carmen seguida de un hombre, teniente de mi regimiento.

»—Vete,—me dijo en vascuence.

»Quedéme estupefacto, lleno de rabia el corazón.

»—¿Qué haces aquí?—me dijo el teniente.—¡Largo en seguida!

»No podía yo dar un paso: estaba como tullido. El oficial, montando en cólera al ver que no me retiraba y que ni siquiera me había quitado la gorra de cuartel, cogióme por el cuello y me sacudió rudamente. No sé lo qué le dije. Tiró de la espada y yo desenvainé. La vieja me cogió por un brazo y el teniente me dió un golpe en la frente, cuya cicatriz se conoce todavía. Retrocedí, y de un revés eché á Dorotea patas arriba; en seguida, y como el teniente me persiguiese, asestéle la punta en el cuerpo y se clavó. Carmen apagó entonces la lámpara y dijo en su lengua á Dorotea que huyese. Yo mismo me puse en salvo en la calle y eché á correr sin saber á dónde. Parecíame que alguien me seguía. Cuando volví en mí encontréme con que Carmen no me había dejado.

»—¡Tontazo de canario!—me dijo.—No sabes hacer más que necesidades. Ya te dije yo que tenía mala sombra; pero para todo hay remedio cuando se tiene por buena amiga una flamenca de Roma (1). Empezá por ponerte este pa-

ñuelo en la cabeza y venga ese cinturón. Espérame en esta entrada. Dentro diez minutos vuelvo.

»Desapareció y pronto me trajo una manta rayada que había ido á buscar no sé á dónde. Hízome quitar el uniforme y ponerme la manta sobre la camisa. Arreado de esta manera, con el pañuelo que vendaba la herida que tenía en la cabeza, parecíame bastante á esos valencianos que hay en Sevilla, que vienen á vender su horchata de chufas. Llevóme después á una casucha á corta diferencia como la de Dorotea, en el fondo de una callejuela. Ella y otra gitana me lavaron, me curaron mejor de lo que hubiera podido hacerlo el físico, diéronme á beber no sé qué y, por fin, echéme sobre un colchón y me dormí.

»Probablemente aquellas mujeres habían mezclado en mi bebida alguna de esas drogas soporíficas cuyo secreto conocen, porque no me desperté hasta muy entrada la mañana. Tenía mucho dolor de cabeza y un poco de calentura. Fué menester algún tiempo para que me reapareciese el recuerdo de la terrible escena en que había



tomado parte la víspera. Después de haber curado mi herida, Carmen y su amiga, puestas en cuclillas á la vera de mi colchón, cambiaron algunas frases en *chipe calli*, que parecían ser una consulta médica. Luego me aseguraron ambas que quedaría curado dentro poco, pero que era preciso salir de Sevilla cuanto antes, pues, de ser cogido, iba á ser fusilado, sin remisión.

»—Muchacho,—me dijo Carmen,—es menester que hagas algo. Ahora que el rey no te dará ya arroz ni bacalao, hay que pensar en ganarte la vida. Eres demasiado torpe para robar á *pastesa* (1), pero pareces bien dispuesto y fuerte. Si tienes pecho, vete á la costa y hazte contrabandista. ¿No te he prometido hacer que te ahorquen? Vale más esto que no ser fusilado. Por otra parte, si sabes entenderlo, vivirás como un príncipe hasta tanto que los miñones y los carabineros te echen mano.

»De esta halagüeña manera mostróme aquel diablo de muchacha la nueva carrera que me destinaba, única, á la verdad, que me quedaba desde el momento en que había yo incurrido en pena capital. ¿Quiere usted que le diga la verdad, señor? Convencíome Carmen sin gran esfuerzo. Parecíame que me unía más intimamente con ella con aquella vida de azares y rebelión. Desde entonces creí asegurarme su amor. Había oído hablar de al-

(1) *Flamenca de Roma*. Término de caló que designa las gitanas. Roma no quiere decir aquí la Ciudad Eterna, sino la nación de los Romi ó de los *casados*, nombre que se dan los gitanos. Los primeros que fueron vistos en España vendrían probablemente de los Países Bajos, de donde les ha quedado el nombre de *flamencos*.

(1) *Ostilar á pastesa*, robar con destreza, hurtar sin violencia.

gunos contrabandistas que recorrían Andalucía montados en un buen caballo, con el trabuco en el puño y su querida á la grupa. Veíame ya trotando por montes y valles con la gentil gitana detrás de mí. Cuando yo le hablaba de esto reíase hasta desternillarse y me decía que nada había tan hermoso como una noche pasada en el vivac, cuando cada *rom* se retira con su *romi* bajo la tiendecilla formada por tres aros, con un cobertor encima.

»—Si nunca te tengo en el monte,—decíale yo,—estaré seguro de tí. Allí no habrá temiente para partir conmigo.

»—¡Ah! Conque ¿eres celoso?—respondió ella.—Tanto peor para tí. ¿Cómo eres bastante tonto para eso? ¿No ves que te quiero, pues no te he pedido dinero nunca?

»Cuando hablaba así, me entraban ganas de estrangularla.

»Para abreviar, señor, diré á usted que Carmen me buscó un traje de paisano, con el cual salí de Sevilla sin ser reconocido. Fui á Jerez con una carta de Páez para un tabernero en cuya casa se reunían contrabandistas. Presentáronme á aquella gente, cuyo jefe, llamado el Dancaire, me recibió en la partida. Marchamos á Gaucín,



donde encontré á Carmen, que nos había dado cita para allí. En las expediciones servía de espía á nuestra gente y no la hubo jamás mejor. Volvía de Gibraltar y había arreglado ya con un patrón de barco el embarque de mercancías inglesas que debíamos recibir en la costa. Fuimos á esperarlas cerca de Estepona; luego ocultamos parte de ellas en la sierra, y cargados con el resto nos dirigimos á Ronda. Carmen nos había precedido, siendo ella también la que nos indicó el momento en que debíamos entrar en la ciudad. Este primer viaje y algunos otros fueron afortunados. La vida de contrabandista me gustaba más que la de soldado: hacía regalos á Carmen, tenía dinero y una querida. No me asaltaban muchos remordimientos, porque, como dicen los gitanos, «sarna con gusto no pica» (1). Eramos bien recibidos en todas partes; mis compañeros me trataban bien y hasta me daban muestras de consideración. La razón era porque yo había matado un hombre y entre ellos había quienes no tenían semejante hazaña sobre la conciencia. Pero lo que me aficionaba más que nada á mi nueva vida era que veía á Carmen á menudo. Mostrábame más amistad que nunca. Sin embargo, delante de los camaradas no quería convenir en que fuese mi querida, y aun me había hecho jurar, con toda suerte de juramentos, que nada les dijese sobre ella. Era yo tan débil con aquella cria-

tura, que obedecía á todos sus caprichos. Por otra parte, era la primera vez que se me mostraba con la reserva de una mujer honrada, y era yo bastante simplina para creer que se había corregido verdaderamente de sus maneras de antes.

»Nuestra partida, que se componía de ocho ó diez hombres, sólo se reunía en los momentos decisivos, y de ordinario estábamos dispersos de dos en dos ó de tres en tres por ciudades y lugares. Cada uno de nosotros pretendía ejercer un oficio: ése, calderero; aquél, chalán; yo era mercader de lienzo, pero no solía dejarme ver en las poblaciones grandes, con motivo de mi asunto de Sevilla. Un día, ó, por mejor decir, una noche, nuestra cita era debajo de Veguer. El Dancaire y yo llegamos allí antes que los otros. Parecía muy alegre.

»—Vamos á tener un camarada más,—me dijo;—Carmen acaba de dar uno de sus mejores golpes. Ha logrado hacer escapar á su rom, que estaba en el presidio de Tarifa.

»Empezaba yo á comprender el gitano, que hablaban casi todos mis camaradas, y esta palabra de *rom* me produjo un sobresalto.

»—¡Cómo! ¡Su marido! ¿Es casada, pues?—preguntéle al capitán.

»—Sí,—respondió,—con García *el Tuerto*, un gitano tan ladino como ella. El pobre muchacho estaba en galeras. Carmen ha camelado tan perfectamente al cirujano del presidio, que ha obtenido de él la libertad del preso. ¡Ah! Vale más oro que pesa esa chica. Hace dos años que trataba de hacerle escapar. Nada valió hasta que se le ha ocurrido cambiar al mayor. Con éste de ahora parece que ha encontrado pronto la manera de entenderse.

»Puede usted figurarse el gusto que me dió aquella noticia. Pronto vi á García *el Tuerto*. Era, ciertamente, el más ruin monstruo que haya habido nunca en la gitanería. Negro de color y más negro de alma, era el más redomado picaro que haya encontrado yo en toda mi vida. Carmen vino con él, y cuando ella le llamaba *su rom* delante de mí era menester ver los ojos que me ponía, y sus muecas cuando García volvía la cabeza. Yo estaba indignado y no le hablé por la noche. Por la mañana habíamos cargado los fardos y estábamos ya en camino cuando vimos que nos venían á la zaga una docena de jinetes. Los famarrones andaluces, que no hablaban más que de pasarlo todo á degüello, pusieron todas unas caras muy largas. Fué un sálvese quien pueda general. El Dancaire, García, un guapo muchacho de Écija llamado *el Remendado* y Carmen no perdieron, sin embargo la cabeza. El resto había abandonado los mulos y habíase lanzado á los barrancos, donde no podían seguirles los caballos. Por nuestra parte, como no podíamos conservar nuestras cabalgaduras, nos apresuramos á descargar lo mejor del botín y llevarlo á cuestras, tratando en seguida de salvarnos á través de las rocas por las pendientes más rápidas. Echábamos los fardos por delante y los seguíamos lo mejor que se podía, resbalando sobre los talones. Entretanto, el enemigo nos enviaba confites que era un gusto; no había yo oído nunca silbar las balas, pero no me causó gran impresión. Cuando se está á la vista de una mujer no tiene gran mérito burlarse de la muerte. Escapamos todos menos el pobre *Remendado*, que recibió un tiro en los riñones. Tiré mi fardo y traté de cargármelo.

(1) *Sarapia sat pesquital, ne punzava.*



DE TODO UN POCO

EPIGRAMAS

— Intenté ver al amigo
y «ha salido» me dijeron.
—¡Si estaba malo y en cama!
—Pues hombre... ¡estaría bueno!

—
Con la linda confitera
de dulces hablando estuve
un rato: me ha parecido
que es una perita en dulce.

TRINOS

— Mucho su pudor descuida
la que envidia a Magdalena
solo por arrepentida.

¡Cuanta compasión me inspira
el que no sabe vencer
una pasión adquirida!

—
No hay tormento al suyo igual,
que vió morir á su madre
en cama de un hospital.

—
Nació rica y respetada.
¿Tiene algo de extraordinario
que se conservara honrada?

—
Todo el que busque fortuna
trabajará doce horas
para gastar solo una.

En pasando mi morena,
tropieza el que va detrás,
que va llenando la calle
de terroncitos de sal.

—
Al triste que amor cautiva
con dos contrarios le altera:
con gloria, porque no muera,
con pena, porque no viva.

MADRID.—Encargado de la
venta: José Lerin, Aba-
da, 22.

VALENCIA.—Vicente Pas-
tor. Victoria, 11, principal.

Correspondencia: Apartado de Correos, 88

BIBLIOTECA ROSA

La comedianta, por Paul de Molenes.
Drama de amor, por Federico Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero
Merimee.
Pecados de la juventud, por V. Perceval.
Un drama sangriento (2 tomos), por L.
Jacolliot.
La justiciera de sí misma, por Carlos
Barbará.
Teresa (ilustrada), por Julio Ruiz
Montero.
El capitán Buri, por Emilio Zola.
Las sendas de Dios, por B. Bjornson.
El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulin, por Emilio Zola.
El silbón fatal, por Pedro Newsky.
Un crimen infame, por Enrique Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Sidonic y Mederico, por Emilio Zola.
La piel de León, por Carlos de Bernard.
El amor de una muerta, por Aureliano
Scholl.
La voluntad de una muerta, por Emilio
Zola.
El fin de Lucía Pellegrin, por Paul Alexis.
Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.
El secreto del cadalso, por Villiers de
L'Isle-Adam.
Sin trabajo, por Emilio Zola.
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada),
por Paul de Molenes.
El maestro de escuela, por Federico Sou-
lié.
La inocencia de un presidiario, por Carlos
de Bernard.
La venganza de Kostah, por Reinaldo
Trevelyan.
Diario de una mujer, por Octavio Feu-
illet.
Un sueño de amor, por Federico Soulié.
La mujer de cuarenta años, por Carlos
Bernard.
La joven de los ojos de oro, por H. de
Balzac.
La herencia de un cómico, por Ponson du
Terrail.

BIBLIOTECA AZUL

El tesoro del plata, por Roberto Luis
Stevenson, con preciosos grabados.
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos
Barbará.

Magdalena la Mendiga, por Luis Jaco-
lillot.
Bajo un disfraz, por Jorge Smith.
El crimen del Molino de Usor, por Luis
Jacolliot.
Orso, por Enrique Syenkiewiez.
El Hijo Maldito, por Honorato de Bal-
zac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenio
Houssaye.
La necesidad del crimen, por Julio Pe-
rrin.
Una orgía de sangre, por Aureliano
Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique
Syenkiewiez.
El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Solos, por Pedro Zacccone.
La Salamandra, por Eugenio Sué.
El crimen de Juan Malory, por Ernesto
Daudet.
La reina Mab, por Guillermo Holiday.
El novio de la señorita Saint-Maur, por
Victor Cherbuliez.

Para pedidos, dirigirse á la Admi-
nistración de estas Bibliotecas: Plaza
de Tetuán, 26, Barcelona.



EN LA CALLE

- ¿Es usted casado?
- Sí, señor.
- ¿Con prole?
- No, señor, con Eufrosina López.